

*Martín*  
*1605*

ELOY M. CEBRIÁN  
FRANCISCO MENDOZA

Primera edición: 2012

© Eloy M. Cebrián y Francisco Mendoza, 2012

© Algaida Editores, 2012

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-821-2

Depósito legal: SE-4.094-2012

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

CAPÍTULO I. El milagro de santa Wiborada . . . . .	11
CAPÍTULO II. Memorias de un aprendiz de librero . . . . .	47
CAPÍTULO III. El ingenioso hidalgo . . . . .	89
CAPÍTULO IV. Licencia y privilegio . . . . .	119
CAPÍTULO V. Desventuras de un cazador cazado . . . . .	159
CAPÍTULO VI. <i>Descensus ad inferos</i> . . . . .	193
CAPÍTULO VII. Trescientas tabernas . . . . .	223
CAPÍTULO VIII. Tarde de comedia . . . . .	255
CAPÍTULO IX. <i>Yo no quiero más bien que solo amaros</i> . . .	289
CAPÍTULO X. Sansón y los filisteos . . . . .	317
CAPÍTULO XI. ¿Alguien da más? . . . . .	355
CAPÍTULO XII. <i>No merecía yo ventura tanta</i> . . . . .	391
CAPÍTULO XIII. La biblioteca de los prodigios . . . . .	411
CAPÍTULO XIV. <i>Prometeo</i> desencadenado . . . . .	437
CAPÍTULO XV. El reciclaje en el Siglo de Oro . . . . .	469
CAPÍTULO XVI. No fue obra de encantadores . . . . .	495
CAPÍTULO XVII. Ventajas de la Inquisición . . . . .	511
CAPÍTULO XVIII. Erasmo y Erasmo . . . . .	531
CAPÍTULO XIX. <i>Post tenebras, spero lucem</i> . . . . .	551
CAPÍTULO XX. <i>Vive Dios que me espanta esta grandeza</i> . .	571
<i>Tabula gratulatoria</i> . . . . .	577



El verdadero placer del coleccionista no es el de poseer, es el de comprar, el de cazar, el de abatir la pieza.

(H. BERALDI, *Le désir de livre*)

Polonio: ¿Qué leéis, mi señor?

Hamlet: Palabras, palabras, palabras.

(W. SHAKESPEARE, *Hamlet*,  
Acto II, escena 2.<sup>a</sup>)

*Post tenebras, spero lucem.*

(Job, 17:12)



## CAPÍTULO I

### EL MILAGRO DE SANTA WIBORADA

**E**RASMO LÓPEZ DE MENDOZA, PROFESOR JUBILADO Y BIBLIÓFILO en activo, había salido de caza. En el reloj de la Puerta del Sol acababan de dar las doce. El centro de Madrid era un torbellino de funcionarios en busca de su café de mediodía, de turistas japoneses armados de sonrisas blanquísimas y sofisticadas cámaras digitales, de chorizos dispuestos a aligerarlos de sus cámaras —y aun de sus carteras— al menor descuido. Las bocas del metro devoraban y regurgitaban viajeros a centenares. La caravana del tráfico avanzaba con parsimonia de caracol, emponzoñando el aire con los gases de los tubos de escape. El centro de Madrid era un monstruo de rostros y voces, de ruido y humo. Pero Erasmo permanecía ajeno a toda aquella furia, inmóvil en su puesto de vigilancia, concentrado en la única y compleja tarea de acechar a su *presa* sin ser visto.

La *presa* que Erasmo había elegido este jueves era la librería de viejo de Juan Maestre, un antiguo conocido al que el bibliófilo dudaría entre clasificar como cómplice o como enemigo. En honor a la verdad, Maestre le había proporcionado algunos de los ejemplares más valiosos y delicados de su colec-

ción. Con un gruñido de placer, el bibliófilo evocó su *Historia de la linda Magalona* (Burgos, 1521) con una nota autógrafa de don Hernando Colón, y también su ejemplar en perfecto estado del incunable *Fasciculus temporum*, de Werner Rolevinck, el primer libro español impreso con grabados, volúmenes ambos que por sí solos justificaban toda su biblioteca y provocarían la envidia de sus rivales bibliófilos (suponiendo que estos sospecharan que los poseía). Erasmo ignoraba cómo semejantes joyas habían acabado en manos de Maestre, y a decir verdad prefería seguir ignorándolo. Sabía de sobra que muchos de los libros más valiosos llegaban al mercado tras una serie de transacciones dudosamente legales. Con todo, su pasión por los libros era mucho más sólida que sus escrúpulos, aunque estos aún le asestaran a veces algún que otro pinchazo en la conciencia. No en vano Erasmo había sido seminarista de joven, y aunque hacía muchos lustros que su fe se había evaporado, todavía se tenía por un hombre de principios. Pero ¿qué mejor modo de acallar la conciencia que no indagar jamás sobre la procedencia de los libros que adquiriría? Además, cualquier escrúpulo se desvanecía cuando se encerraba en su biblioteca y, tras desconectar el teléfono y activar la cerradura electrónica de seguridad, recorría con la vista los anaqueles hasta localizar un ejemplar concreto, y luego lo tomaba con delicadeza, aspiraba su aroma remoto a antigua sabiduría, acariciaba su encuadernación (tal vez un delicado trabajo en piel de estilo plateresco) como si se tratara de la epidermis de una hermosa joven, y luego depositaba el libro en el atril y, tras enfundarse los guantes de algodón, procedía a pasar sus hojas con el mimo con que se maneja a un recién nacido, leyendo aquí y allá, o simplemente contemplando las minuciosas capitulares, o el elaborado colofón, o extasiándose ante la nitidez y elegancia de la tipografía o la textura del papel, tan flexible y fragante como si la obra es-



tuviese recién impresa. Siempre que recordaba los valiosos ejemplares que lo aguardaban en la oscuridad de su biblioteca, experimentaba un calor en lo más íntimo que solo podía tener un origen. Sí, aquello tenía que ser amor. Y ante tan noble y hermoso sentimiento, ¿quién se dejaría detener por los escrúpulos?

La cuestión era que el librero Juan Maestre había depositado en manos de Erasmo López de Mendoza las más amadas de aquellas maravillas, y por ello no podía evitar sentirlo como un cómplice, con frecuencia hasta como un querido amigo. Por otro lado, Maestre era uno de los perros más viejos del oficio, versado y lúcido como nadie, consciente del valor exacto de cada ejemplar que ponía a la venta y, lo que era peor, muy experimentado en esos procesos irracionales que se disparan en la mente y en el corazón de un auténtico bibliófilo a la vista de un ejemplar ambicionado (la edición incunable de las *Obras* de César en español, pongamos por caso). Por mucho que el coleccionista hubiera aprendido a disimular su avidez, a controlar su respiración y el temblor de sus manos, Maestre olfateaba los buenos negocios con la facilidad con que un sabueso ventea una liebre a kilómetros de distancia. Entonces el bibliófilo podía darse por cazado, pues a buen seguro acabaría pagando el precio exigido por el librero, que con frecuencia era mucho más alto que el que habría estado dispuesto a pagar de haber encarado el asunto sin ceder a las pasiones, como una transacción comercial más. Sin embargo, la alternativa sería verse privado de aquel ejemplar en concreto. O bien —aunque el mero pensamiento era demasiado horrible— dar lugar a que la joya acabara en los impuros anaqueles de un zafio bibliófilo rival. Erasmo no pudo evitar estremecerse a pesar del calor reinante.

Corrían los primeros días de junio y en Madrid comenzaba a anunciarse el que habría de ser el verano más tórrido de la

década. Erasmo había sucumbido a su célebre extravagancia de usar camisas con estampados tropicales (flores, palmeras, papagayos) tan pronto como el calor apretaba. Y ello a pesar de que los tonos chillones de su vestimenta no contribuían a mimetizarlo con el entorno y a hacer así su vigilancia más discreta. Para remediarlo, se había escondido detrás de un voluminoso macetero del mobiliario urbano que, dada la escasa envergadura de nuestro hombre, lo ocultaba casi por entero. Además, la librería de Juan Maestre estaba situada en la calle Mayor, a escasos metros de la Puerta del Sol, por lo que la marea humana que inundaba el corazón de las Españas rebosaba los límites de la plaza y se derramaba también por aquella vía y las adyacentes. En esos mismos instantes, Erasmo y el macetero que le servía de cobertura se encontraban en medio de un grupo de más de cincuenta turistas japoneses ansiosos de cambiar sus yenes por *souvenirs*. Ni el ojo más atento hubiera distinguido al pequeño bibliófilo entre la hueste de risueños orientales. Sabiéndose a salvo, Erasmo aguardaba paciente en su puesto de observación, que se encontraba en la acera opuesta a la que ocupaba la librería de Maestre, a unos veinte metros más allá. De vez en cuando apartaba las hojas del ficus que albergaba el macetero para echarle un vistazo más atento a la puerta del local. El tiempo transcurría, pero él, haciendo honor a su condición de jubilado, no tenía ninguna prisa. Procuraba economizar movimientos. Si acaso, a intervalos regulares cambiaba levemente de postura y volvía a distribuir el modo en que los pies aguantaban su peso (ligero, por otro lado). La temperatura le parecía confortable, ni una gota de sudor mancillaba su camisa. Erasmo se sentía esperanzado. Le constaba que, antes o después, su paciencia daría sus frutos. Ajeno al bullicio reinante, inmóvil en su puesto de vigilancia, Erasmo López de Mendoza aguardaba a que su presa se pusiera a tiro.

Dieron las doce y media sin que nadie hubiera atravesado el umbral de la librería de Maestre, ni para entrar ni para salir, pero Erasmo seguía al acecho, sin desmoralizarse, sin despeinarse siquiera. A eso de la una menos cuarto, el bibliófilo tuvo que abandonar la vigilancia unos segundos para recolocarse la lentilla del ojo derecho, que se había movido de su sitio. Mientras procedía a la delicada operación, Erasmo recordó la época en que todavía llevaba gafas de las que comúnmente se denominan «de culo de vaso». Aquellos anteojos le conferían una cierta apariencia quevedesca, un aire de intelectual bohemio que él realizaba con el uso de una corbata de lazo (segundo detalle extravagante de su indumentaria, además de las camisas tropicales). Tal vez fuese un aspecto adecuado para su actividad de entonces, que no era otra que la de impartir clases de literatura del Siglo de Oro en la universidad. Aun así se sintió rejuvenecido el día que estrenó sus primeras lentillas y pudo relegar las gafas de culo de vaso a la intimidad doméstica. «En el fondo soy un coqueto», se dijo con una sonrisa de galán trasnochado mientras dirigía la vista de nuevo hacia la librería de Maestre.

Entonces lo vio.

Maestre abandonaba el establecimiento con una voluminosa cartera bajo el brazo. Su calva relucía al sol con la intensidad de una baliza de señalización marítima, y su panza subía y bajaba al compás de sus vigorosos andares igual que la joroba de un dromedario. Como de costumbre, vestía de blanco de pies a cabeza, un color que, si bien no contribuía precisamente a disimular su tonelaje, al menos sí que le confería un cierto aire de ingenuidad que Erasmo imaginaba deliberado. Albo e inocente como un monje de Zurbarán, para el librero era más sencillo desarbolar a sus clientes potenciales y acabar cobrándoles un precio abusivo. Pero hoy, si todo iba según lo previsto,

le iba a salir el tiro por la culata. Erasmo se frotó las manos mientras lo veía perderse entre una masa de viandantes que se apartaban a ambos lados para evitar la colisión con la blanca mole. Tras dejar transcurrir unos cinco minutos (no fuese el librero a regresar por culpa de algún olvido), Erasmo surgió de detrás de su escondite, adoptó la actitud indolente que convenía a un jubilado durante su paseíto de antes de comer, y se dispuso a cruzar la calle.

\* \* \*

—Buenous días.

—Ah, buenos días.

Aprovechando que el jefe acababa de salir, el joven dependiente había reanudado el sudoku del periódico, que hoy se le resistía con especial contumacia. Llevaba tan solo dos semanas en aquella librería y empezaba a comprender que el suyo acaso fuera el empleo más aburrido del mundo. Raro era el día en el que entraban más de diez clientes en total, casi todos ellos turistas despistados en busca de algún recuerdo típico (ya había tenido que explicarle por señas a más de uno que allí no vendían carteles taurinos). También debía de ser el trabajo con el sueldo más raquítico del mundo. A cambio, disponía de un crédito casi inagotable de tiempo libre que empleaba en los sudokus y en preparar las dos asignaturas que le quedaban para completar la licenciatura de Derecho. A decir verdad, el joven dependiente no comprendía por qué el señor Maestre mantenía abierta aquella tienda, cuando era notorio que la gran mayoría de sus operaciones de compraventa de libros (y sin duda las más lucrativas) se desarrollaban en otros lugares. Quizás existiera algún motivo sentimental, toda vez que el mismo local había sido ocupado por el padre de Maestre

y antes por su abuelo, ambos librereros de viejo como él. Aunque sospechaba que el motivo real debía de ser alguno menos confesable, y que la tienda en realidad constituía una fachada para teñir de respetabilidad los poco respetables negocios de su patrón. Pero el dependiente consideraba que todo eso no era de su incumbencia, siempre que siguiera recibiendo puntualmente su raquítrico sueldo y dispusiese de tiempo para el Mercantil, el Procesal y el sudoku diario. Lástima que a veces algún desocupado perturbara su quietud, como este individuo bajito que acababa de entrar con aire de despistado y aspecto inequívoco de turista (camisa estridente y acento anglosajón a juego).

—Buenos días, *young man* —repitió el hombrecillo—. Aunque en realidad debería decir buenes tardis. *Know what I mean? Good afternoon. After-noon.* Después de mediou día.

El dependiente del sudoku se dijo que prefería de lejos a los japoneses en busca de carteles de toros y pósteres de la Alhambra. Al menos no hablaban una palabra de español y no entraban con las ínfulas pedagógicas de este hombrecillo. Pero, por muy guiri y pesado que fuera, se trataba del primer cliente del día, y el joven dependiente estaba firmemente resuelto a romper con el tópico del español haragán y siempre enfurruñado.

—Claro, claro. *Good afternoon* —repitió obediente con su mejor acento del instituto—. *Can I help you?*

—¿Vendei usted tal ves posters de... *you know... bull-fighters?* —Y para ilustrar su pregunta el hombrecillo de la camisa floreada se llevó ambos índices a las sienes a modo de pitones.

El dependiente le respondió con una sonrisa cargada de suficiencia.

—No, señor. Esto es un negocio de libros antiguos. *Old books.* Pero a lo mejor encuentra lo que quiere en la tienda de

recuerdos que hay a la vuelta. *Typical. You understand? Around the corner.*

—*Yes, yes, thank you very much indeed* —replicó el hombrecillo con gratitud aparentemente sincera. Entonces fingió reparar en el establecimiento donde se encontraba—. *Ah, books. Very interesting. Do you mind if I...?* ¿Le impoorta si yo... ahm... mirou?

—*Of course, of course.* Está usted en su casa. Hum. *You are in your house.*

Satisfecho de su dominio de la lengua de Shakespeare y de la forma exquisita en que había manejado a aquel turista, el dependiente volvió a zambullirse en su sudoku. El hombrecillo de la camisa floreada se giró hacia los anaqueles. Y en ese momento su sonrisa de guiri bobalicón se convirtió en un gesto de pura malicia. Pensó que Maestre debía de estar perdiendo facultades, o bien le había surgido un negocio tan prometedor que no había tenido más remedio que abandonar su librería por piernas (tal vez el resultado de un nuevo expolio en algún convento rural). De no ser así, jamás habría dejado solo a aquel mozalbete sin antes clavar una foto de Erasmo López de Mendoza en la pared, junto con la indicación de «peligroso» en grandes letras de molde, como en esos carteles de los terroristas más buscados que se ven en las comisarías. Por suerte, hasta los perros más veteranos tienen descuidos, lo que le había permitido a Erasmo hacerse con algunas piezas interesantes a precio de saldo, aprovechando siempre los momentos en que las librerías de viejo quedaban a cargo de sus dependientes más novatos. Era únicamente cuestión de paciencia, de esperar el momento oportuno. Y para eso únicamente hacía falta tiempo, un bien que Erasmo poseía en abundancia desde que dos años antes se había jubilado de la universidad para dedicarse en exclusiva a su verdadera pasión. En apariencia el muchacho se-

guía enfrascado en su sudoku, y Erasmo sabía que en la gente joven realidad y apariencia suelen coincidir (no en vano había ejercido la enseñanza universitaria durante más de treinta años). Así las cosas, se sintió libre para escudriñar en las estanterías sin levantar la menor sospecha.

Tampoco es que esperase un milagro. Una cosa era que la ocasión fuese propicia para hacerse con algún saldo. Otra muy distinta que Maestre se hubiera vuelto tan negligente como para dejar libros de auténtico valor al alcance de cualquiera. De hecho, Erasmo sabía muy bien que ni siquiera en la trastienda encontraría ninguna de esas piezas por las que un coleccionista estaría dispuesto a dejarse cortar una libra de carne. Maestre guardaba ese tipo de libros en otro sitio, en algún almacén secreto dotado de las más férreas medidas de seguridad: una alarma ultramoderna, detectores de movimiento, un perro de tres cabezas, un dragón... Con todo, Erasmo era un deportista nato y, aunque aquella caza menor no se podía comparar con el éxtasis de cobrar una pieza realmente importante, el asunto le divertía de un modo casi idéntico. Y hoy se sentía tan optimista que ni siquiera le sorprendería encontrar alguna joyita entre la morralla o una pequeña perla en el muladar.

La librería de Juan Maestre era como un túnel que horadase una montaña de papel. Un local escueto, angosto, mal iluminado, y varias toneladas de material impreso abarrotando hasta el menor recoveco. La cobertura de papel era tan perfecta que parecía absorber el sonido y hasta la luz. Tal vez por eso la iluminación siempre resultaba insuficiente, los ruidos sonaban amortiguados, y las conversaciones debían mantenerse en un tono ligeramente más alto del normal. Para alguien que no fuera un auténtico fanático de los libros, la entrada a aquel establecimiento podía suponer una experiencia inquietante y aun un punto angustiosa, pues las montañas de volúmenes eran tan

imponentes y el espacio tan exiguo que el cliente ocasional tenía la sensación de que en cualquier momento iba a perecer enterrado bajo un alud de papel viejo y tinta rancia. Enormes estanterías de pino forraban los muros desde el suelo hasta el techo, todas ellas reventando de libros que habían sido aparcados en doble e incluso en triple fila. Y ahora el ojo experto de Erasmo recorría los anaqueles con la precisión de un escáner clínico. Ediciones baratas de finales del XIX, deterioradas y encuadernadas con vulgaridad. Bah. Misales y libros de rezos. Morralla. Algunas biblias apolilladas que ni siquiera harían buen papel sustituyendo la pata rota de un mueble. Varios ejemplares de la Enciclopedia Álvarez, que se había puesto tan de moda entre los nostálgicos de la educación franquista (algunos de esos libros aún despedían un cierto aroma a sabañones, palmeta y coscorrón). Pura quincalla. En el estante superior, inesperadamente, una pieza de cierto valor: los 29 tomos de la undécima edición de la *Encyclopaedia Britannica*, la de 1911, algo mohosa y carcomida, y sin embargo interesante, aunque por desgracia solamente valiosa si se adquiría en su integridad, y esta mañana Erasmo no se sentía con fuerzas para cargar con sus más de cien kilos de sabiduría anglosajona. *Not today, old boy*. Vaya, por allí asomaba una primera edición del *Viaje a la Alcarria* (Revista de Occidente, Madrid, 1948). El lomo algo fatigado, pero aparentemente en un estado general aceptable. Quizás...

Erasmo extrajo el libro de Cela de su estante y lo abrió con gesto indolente, como si hubiera tomado un libro al azar con el único propósito de entretenerse. Una fugaz mirada hacia su espalda le reveló que el dependiente continuaba sumido en sus pasatiempos, lo que seguía dándole cierto margen de impunidad. En su interior el libro estaba bien conservado, sin subrayados ni anotaciones ni manchas espurias ensuciando las páginas



(algunos libros antiguos contenían más mugre que literatura, todo un desafío para cualquier experto de la Policía Científica). Las 49 láminas originales en blanco y negro seguían en su sitio. Firmado por el autor y dedicado a un tal José Robles. En cuanto a su precio, este aparecía indicado en la guarda anterior con la ampulosa caligrafía de Maestre: novecientos euros.

La ocasión no podía ser más propicia, y el precio abusivo del librero era como para disipar cualquier vestigio de escrupulo. ¡Novecientos euros! ¿Qué se habría creído aquella sabandija? Con gesto furtivo, el bibliófilo rebuscó en su mariconera hasta dar con el lápiz y la goma de borrar que siempre lo acompañaban en aventuras como la de hoy. Dos toquecitos de goma y aquella cantidad absurda había ingresado en la nada. Luego, imitando la letra de Maestre (a decir verdad, sabía imitar la letra de los principales libreros del país), Erasmo volvió a tasar el libro en un precio que consideró justo y razonable para su bolsillo: diecisiete euros. Perfecto. Después se volvió hacia el dependiente del sudoku con su sonrisa más guiri y angelical.

Pero, un momento. ¿Qué era aquello?

El bibliófilo acababa de hacer un hallazgo que disipó todo su interés por el libro de Cela. Sobre el suelo, al fondo de la librería, yacía una caja de cartón que al parecer habían dejado allí con cierta prisa. Quizás la intempestiva salida de Maestre hubiera impedido una inspección exhaustiva de su contenido. Y ello abría todo un mundo de excitantes posibilidades. Fingiendo que curioseaba los libros de aquel sector, Erasmo se acercó para echar un vistazo. La caja estaba abierta y medio llena de lo que parecían legajos atados con cordeles. Muy interesante, sobre todo porque se trataba de documentos manuscritos, y a simple vista el tipo de papel y la caligrafía correspondían al Siglo de Oro. Actas y protocolos notariales, seguramente. Nada como para ponerse a dar brincos. Pero oja-

lá pudiera quedarse unos segundos a solas con aquellos documentos para echarles un vistazo más cuidadoso.

—*Excuse me, young fellow. Do you...? Ahm... ¿Tienei librou de Ernest Hemingway soubre... you know... Saint Fermin?*

—¿«Fiesta»?

—*Yes, yes, excellent. «Fiesta». «The Sun Also Rises», correct? Rita Hayworth and Tyrone Power, yes?*

Erasmus consideraba más que probable que Maestre guardara varios ejemplares de Hemingway en su librería, y con algo de suerte estos se encontrarían en el almacén de la trastienda, que era mucho más espacioso que la tienda en sí. El bibliófilo había conocido a libreros capaces de dar con la localización exacta de un ejemplar entre kilómetros de estanterías, de memoria y en cuestión de segundos. Pero este no parecía ser el caso del joven de los sudokus, quien mostraba tanto interés en el comercio de libros como un chimpancé o un orangután. Con suerte, la búsqueda del título de Hemingway le concedería algunos minutos de plazo para estudiar el contenido de la caja. Y si no era así, ya pensaría en otra cosa.

Erasmus vio cómo el joven dependiente realizaba varias consultas en el ordenador sin dejar de rascarse la cabeza, hasta que por fin pareció dar con alguna pista de la obra solicitada.

—Pues sí, lo tenemos en *stock*. Una edición de Bruguera. ¿No le importa que esté traducido?

—*Oh, no. Absolutely not. Más auténticou in Spanish. Thanks a lot.*

Y Erasmus se frotó las manos mientras veía la espalda del dependiente perderse por la puerta de la trastienda. Sabía que allí dentro los libros y las estanterías conformaban un auténtico laberinto, y daba por sentado que aquel joven memo vagaría errante entre los anaqueles durante un buen rato. Una imagen

evocadoramente borgiana. Aunque lo único importante era que aquella ausencia iba a proporcionarle el plazo de tranquilidad que necesitaba. Erasmo cayó sobre la caja de los manuscritos como un buitre abatiéndose sobre una vaca muerta.

Enseguida comprobó que no se había equivocado al datar ni catalogar aquellos documentos. En efecto, se trataba de protocolos notariales. Y la escritura era la habitual en los documentos públicos hasta bien entrado el siglo XVII. Había unos diez legajos que presentaban un grado homogéneo de conservación, por lo que parecía probable que hubieran descansado en el mismo archivo. Un lugar oscuro y seco, a salvo de polillas y roedores, a juzgar por el buen estado del papel y la perfecta legibilidad de los trazos. Hasta algunos años atrás Erasmo habría sido capaz de leer la enrevesada escritura de aquellos documentos con la misma facilidad con que leía *Hibris*, la revista de bibliofilia en la que colaboraba con una sección fija. Por desgracia, su vista se había deteriorado mucho últimamente, y no debido a la miopía que sufría desde niño, sino a una dolencia conocida como degeneración macular, un pequeño monstruo que estaba devorando su visión partiendo del centro, y que cada día le obligaba a ladear más la cabeza para poder leer. Pero la vista que conservaba era suficiente para confirmarle que no parecía haber nada emocionante entre aquellas escrituras y testamentos. Es decir, hasta que levantó los legajos de la superficie. Lo que apareció debajo era distinto. Enormemente distinto. Y le bastaron unas cuantas palabras leídas al vuelo para comprenderlo.

De repente sintió que la vista se le llenaba de lucecitas y las sienas le ardían, y a duras penas fue capaz de contener la lipotimia sentándose en el suelo y hundiendo la cabeza entre las rodillas. Pero ¿qué demonios estaba haciendo, desmayándose como una damisela decimonónica a dieta de vinagre? El

dependiente podía regresar. O alguien podía entrar en la librería en cualquier momento. Tal vez el mismo Juan Maestre irrumpiera de pronto (¿acaso no se burlan los dioses de nosotros haciéndonos saborear el éxtasis para acto seguido hundirnos en la miseria?). Había que actuar de inmediato. Y eso fue lo que Erasmo López de Mendoza hizo tan pronto como sintió que su ritmo cardíaco comenzaba a normalizarse, no sin antes dar las gracias a Wiborada, santa patrona de los bibliófilos.

\* \* \*

A primera hora de la tarde, Erasmo López de Mendoza renovaba sus votos de gratitud a la santa y mártir. De hecho, acababa de hacerle la ofrenda de un solomillo a la pimienta regado con media botella de Ribera del Duero. Aunque enemigo de los excesos y de los gastos superfluos, el bibliófilo no era en absoluto reacio a darse un pequeño homenaje cuando la ocasión lo merecía. Y vive Dios que esta lo merecía.

Se encontraba encerrado en el santuario de su biblioteca. La asistenta acababa de marcharse y, a fin de evitar las interrupciones de su esposa, Erasmo había tenido la precaución de quedarse viudo diez años antes. En aquellos instantes su añorada Almudena, de tan dulce recuerdo, lo miraba ceñuda desde un marco de plata que se erguía sobre la esquina izquierda de su escritorio, más silenciosa de lo que jamás había estado en vida. Erasmo le sopló un beso desde la punta de los dedos para a continuación dedicarse por entero a su hallazgo de la mañana.

Hacerse con aquel tesoro había resultado insultantemente sencillo, tanto que Erasmo no podía evitar sentirse algo decepcionado. Una vez superada la pequeña indisposición provocada por el hallazgo, el bibliófilo se había apresura-

do a ejecutar su plan. Y así, cuando el dependiente regresó con el libro de Hemingway en la mano, algo de polvo sobre el cabello y los hombros, y la sonrisa cansada de quien acaba de materializar una gesta, Erasmo ya tenía su escena perfectamente preparada. El legajo descansaba sobre el mostrador, y ahora el cordel sujetaba también un papelito rectangular en el que se leía «documentos notariales, testamentos y escrituras, 200 €», todo ello con la letra de Juan Maestre primorosamente imitada. El dependiente había mostrado cierta extrañeza al comprender que aquel tontaina deseaba comprar un montón de papeles viejos por un precio que se le antojaba absurdo, pero él no era quién para llevarle la contraria si deseaba deshacerse de sus dólares. Unos billetes cambiaron de mano y el dependiente imaginó las felicitaciones de su jefe cuando supiera de su pericia como librero. Y un minuto más tarde Erasmo López de Mendoza salía de la librería con una edición barata de Hemingway que se apresuró a depositar en la primera papelería y, por supuesto, con el precioso legajo envuelto en un pulcro paquete. El bibliófilo se sentía más radiante que el sol que inundaba aquel día la calle Mayor. Lástima que aquel momento de felicidad perfecta se viera empañado por la súbita aparición de Maestre, que regresaba a su librería tras ultimar aquel recado urgente que tan caro iba a salirle. El librero acababa de surgir de la siguiente esquina, blanco e inmenso cual Moby Dick de secano. Reacio a emular al capitán Akhab, Erasmo decidió regresar sobre sus pasos y emprender una poco épica retirada, aun a costa de tener que dar un rodeo para alcanzar su domicilio. Lo que fuera con tal de no toparse con Maestre. Y ojalá su llamativa camisa floreada no hubiese llamado la atención del librero y levantado sus sospechas. Por suerte, se encontraban a bastante distancia uno del otro y la calle Mayor seguía tomada por hordas de hijos del sol naciente.

Ahora, en la quietud de su biblioteca, con todos sus volúmenes rodeándolo como una gran placenta, Erasmo procedió a desatar el cordel que unía las hojas. A simple vista el legajo estaba compuesto por entre ochenta y cien hojas. Su conservación, como ya había observado en la tienda, era excelente. Se concentró en la primera plana y comprobó que la escritura diminuta y minuciosa que la cubría conservaba la suficiente claridad para que la lectura se pudiera abordar directamente, sin necesidad de costosos procesos digitales para aumentar el contraste e intensidad de los trazos. De hecho, era esa claridad lo que había permitido que Erasmo, incluso con su vista deteriorada, captara ciertas palabras clave que muy cerca habían estado de fulminarlo como un rayo divino. Con la sensación de estar asomándose a un texto sagrado, el bibliófilo empuñó su lupa y acercó la lámpara del flexo. Y en efecto, allí seguía la evidencia que convertía aquellas humildes hojas en un documento absolutamente excepcional. Milagroso.

En 1905 el superintendente de una mina de Sudáfrica había salido a dar un paseo cuando un destello llamó su atención desde el suelo. Al acercarse encontró una piedra cristalina tan grande que en ningún momento se le ocurrió que pudiera tratarse de algo valioso, sino de un simple trozo de vidrio o un vulgar guijarro de cuarcita. Pero esa piedra resultó ser un diamante en bruto de más de tres mil quilates, el archifamoso Cullinan, del que salieron varias piedras que hoy forman parte de las joyas de la corona británica.

Aquel hombre se llamaba Frederick Wells.

Hoy Erasmo López de Mendoza no había encontrado un solo diamante, sino dos. Y ambos de valor incalculable. Eran el nombre de una persona y el título de un libro.

Aun sin haberla descifrado por completo, parecía evidente que en la primera hoja de aquel documento se hacía re-

ferencia al novelista más célebre de todos los tiempos y, por si quedaba alguna duda, unas líneas más adelante se mencionaba el título de la novela que lo hizo inmortal. Bajo la lupa de Erasmo descansaba una crónica escrita por un contemporáneo de Cervantes que afirmaba haberlo conocido en persona.

Dios era grande y Erasmo López de Mendoza su profeta.  
O como mínimo el Frederick Wells de los bibliófilos.

\* \* \*

Erasmo dedicó el resto de la tarde a tratar de descifrar las primeras páginas del manuscrito. Cada línea que leía renovaba su convicción de que la pieza que acababa de cobrar no era grande, sino gigantesca. «Una auténtica ballena blanca entre los manuscritos», se dijo con un guiño de homenaje para el burlado librero Maestre. El autor, un tal Gonzalo de Córdoba, anunciaba su intención de narrar una serie de acontecimientos vividos en su juventud, y para ello se remontaba hasta cuarenta años antes de la fecha en la que estaba datado el manuscrito, en concreto hasta ciertos días de los meses de septiembre y octubre de 1604. Y lo más fascinante del asunto era que aquellos acontecimientos parecían involucrar de un modo muy directo a un tal Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares y antiguo soldado de su majestad. Es más, los hechos narrados giraban en torno a otro manuscrito, el de un libro que estaba a punto de entrar en la imprenta, por más señas una novela cómica protagonizada por cierto hidalgo manchego devenido caballero andante.

Aquello no podía ser cierto. Tenía que tratarse de alguna clase de broma sofisticada y cruel. ¿Y si Juan Maestre, anticipándose a su jugarreta, había encargado aquella falsificación y se había asegurado de que acabara en sus manos para luego

convertirlo en el hazmerreír del mundillo bibliófilo nacional, en el que la maledicencia y el escarnio se cotizaban tanto como un incunable impreso en vitela? A Erasmo se le ocurrió que no dejaba de tratarse de un pensamiento consolador, pues la responsabilidad que había empezado a sentir sobre sus hombros de sexagenario ya le estaba resultando abrumadora. Pero su experiencia con impresos y manuscritos era demasiado amplia para considerar seriamente la posibilidad de que todo hubiera sido un montaje y, por tanto, el manuscrito que tenía delante no fuese más que una falsificación. Estaba, para empezar, el tipo de papel, que por sus características (grosor, textura y filigrana) correspondía sin duda a la época en la que estaba fechado el manuscrito. Es más, el bibliófilo estaba casi seguro de que aquel papel había salido del batán del monasterio del Paular, cuyos monjes cartujos servían por entonces a todas las imprentas de Madrid. Siempre cabía la posibilidad —remota, por otro lado— de que Maestre hubiera encontrado una resma en blanco de papel original, y luego buscado un especialista para falsificar el texto con la apretada caligrafía de la época. Pero sus muchos años de cliente le daban cierta perspectiva sobre el carácter del librero, a quien creía capaz de prostituir a su santa madre siempre que la oferta le pareciera adecuada. No, Maestre jamás se habría gastado el dineral que supondría semejante falsificación con el único propósito de tomarle el pelo a él, que además figuraba en la lista de sus clientes más selectos. Por otro lado, los varios lustros de Erasmo como bibliófilo le habían permitido desarrollar un sexto sentido con respecto a los impresos y los manuscritos antiguos, y aquel instinto le decía que el que tenía delante era original con un 99 por ciento de certeza. Y ante tamaña responsabilidad no pudo evitar sentirse igual que Moisés por los días en que bajó del Sinaí con las *Tablas de la Ley*.



Las *Tablas de la Ley*, escritas por Yahvé de su puño y letra. Esa sí que sería una pieza cotizada. Reunía todos los requisitos: manuscrito, ejemplar único, antigüedad, prestigio de su autor, trascendencia del texto... Pero se daba la circunstancia de que aquel legajo que tenía delante, ya de por sí un singular tesoro, podía representar la llave para un hallazgo que solamente admitía parangón con el original de los Diez Mandamientos. Ya en la primera página de su crónica, Gonzalo de Córdoba declaraba que durante los últimos cuarenta años había conservado el manuscrito de *El ingenioso hidalgo*, que todavía obraba en su poder, y que lo había preservado como una joya para que lo heredaran sus hijos y los hijos de estos. Y todo ello por expreso deseo de su autor, que así lo había manifestado y rubricado con su firma al pie del texto de la obra, en la última página del manuscrito original. Así las cosas, Erasmo juzgó concebible que la crónica de Gonzalo de Córdoba, aquel mismo legajo que descansaba sobre su mesa, contuviera pistas sobre la localización del autógrafo del *Quijote*. Si antes había calificado su hallazgo de hoy como la «ballena blanca de los manuscritos», el autógrafo de la novela de Cervantes sería tan extraordinario y milagroso como la localización del mismísimo Santo Grial, con el ADN de Jesucristo y los Doce Apóstoles en forma de baba petrificada en torno al borde de la copa.

Si hoy en día saliera a la venta un ejemplar de la edición *princeps* del *Quijote* (la primera de Juan de la Cuesta, comienzos de 1605), su precio alcanzaría probablemente varios millones de euros. Y se trataba de un libro impreso del que probablemente se habían tirado unos mil ejemplares (aunque solo se tenía constancia del paradero de unos veinticinco). Pero, ay, los manuscritos eran harina de otro costal. En el año 2000 la sala Christie's de Nueva York subastó un capítulo autógrafo del *Ulises* de Joyce, novela execrable donde las hubiera en opinión de Erasmo. Aun

así, hubo alguien dispuesto a pagar un millón y medio de euros por aquellas veintisiete páginas garrapateadas por un borrachuzo irlandés aquejado de úlcera duodenal. En 1994, Bill Gates no había dudado en desprenderse de treinta millones de sus Windows-dólares para hacerse con un códice autógrafo de Leonardo da Vinci, a razón de casi un millón de euros por hoja. ¿Qué representaría la irrupción en el mercado del manuscrito completo de la primera parte del *Quijote*? ¿Mil millones? ¿Dos mil millones? ¿El presupuesto nacional entero?

De repente Erasmo sintió vértigo y lo atenazó la sensación de estar asomándose a un pozo sin fondo, de modo que se vio obligado a acudir a la cocina para prepararse una tila que tuvo la virtud de ayudarlo a recomponerse.

Hasta las cuatro de la mañana no fue capaz de separarse del legajo. Cada línea encerraba nuevas sorpresas y elevaba el barómetro de su emoción en varios grados. Pero la experiencia de leer el manuscrito, aun siendo fascinante, le estaba deparando también un alto grado de frustración. La culpa, para empezar, la tenía el misterioso cronista y su endiablada escritura. La letra era ampulosa y enrevesada, como correspondía a la caligrafía de la época. Incluso resultaba algo más confusa de lo habitual, como si el autor del manuscrito no hubiese recibido una educación al uso, sino que hubiera aprendido a escribir por sí mismo. Con la ayuda de su lupa Erasmo había logrado descifrar las líneas del comienzo, aquellas que contenían la primera mención a Cervantes y al *Quijote*. Luego el proceso se había complicado por culpa de su deficiente vista, y eso no había lupa que lo remediara. En condiciones normales su degeneración macular representaba un serio fastidio. Pero cuando trataba de forzar la vista, la zona ciega del centro de su retina extendía sus dominios hasta que todo su campo visual parecía cubierto por una lámina de agua turbia. Y esta tarde había forzado la vista

como no lo había hecho desde hacía años. Tras un largo rato de afanosa lectura, apenas se había adentrado en la tercera página de la crónica, y ello sometiendo su cuello a una dolorosa torsión a fin de aprovechar su visión periférica, la única que estaba libre de niebla. Poco después, su vista había quedado reducida a un triste lagrimeo, y hasta el más ligero movimiento de cabeza le arrancaba un gemido de agonía. Para colmo, ahora apenas era capaz de identificar palabras, y los trazos de escritura empezaban a parecerle patitas de insecto. El mayor hallazgo de la historia de la bibliofilia tal vez estuviese al alcance de su mano, y él se sentía impotente para gozar su premio por culpa de una pejiiguera llamada degeneración macular. Ríase usted del suplício de Tántalo.

Mientras guardaba el manuscrito en la caja fuerte donde dormían sus piezas más valiosas, Erasmo López de Mendoza comprendió con dolorosa clarividencia que el tiempo había hecho en él su inexorable labor de zapa y que, por tanto, no iba a poder emprender en solitario aquella aventura.

\* \* \*

Desde que se jubiló y dejó de acudir a diario a la Ciudad Universitaria, Erasmo rara vez abandonaba el centro de Madrid. Por eso se sintió extraño al bajarse del taxi y verse rodeado de aquellos edificios-colmena que conformaban el horizonte urbano del extrarradio. Sobre él gravitaba la amenaza de algún peligro inconcreto que tal vez se materializara en cualquier instante bajo la apariencia de joven cosido de *piercings* y cubierto de tatuajes tribales, o quizás de un pálido inmigrante eslavo, o de un drogadicto consumido y desesperado por reunir dinero para costearse su dosis. A su izquierda había un solar colonizado por la maleza que Erasmo imaginó bullente de

ratas y otras alimañas. Y aquel olor en el aire tenía que ser sin duda el aroma de la jungla.

IES MADRID-SUR, así rezaba el rótulo del edificio al que Erasmo se disponía a entrar. Antes de ascender a los cielos de la educación superior, el bibliófilo había empezado su carrera docente en la enseñanza media. Pero el vetusto y solemne instituto de provincias que presencié el debut del joven Erasmo tenía muy poco que ver con esta fea caja de ladrillo visto, con más aspecto de institución psiquiátrica que de centro educativo. Y tampoco los alumnos de aquellos tempranos años setenta, a los que recordaba como jóvenes sumisos y respetuosos, admitían comparación con los dos especímenes que acababan de hacer una violenta aparición por la puerta del instituto, obligándolo a apartarse para evitar ser arrollado. Eran un chico y una chica, o al menos eso le pareció, porque sus vestiduras holgadas e informes los hacían casi indistinguibles, por no hablar de su cabello, que ambos llevaban dispuesto en multitud de enmarañadas trencitas que recordaban a las representaciones de Medusa en la iconografía clásica. A decir verdad, ni siquiera sus voces arrojaban mucha luz sobre la identidad sexual de cada cual, toda vez que ambas sonaban idénticas: roncas, entrecortadas e incomprensibles. A pesar de sus muchos años como docente, Erasmo tuvo que reprimir un ataque de pánico. A continuación, y razonando que lo más probable era que la mayoría de las fieras estuviesen guardadas en sus jaulas, se obligó a dar los pasos necesarios para trasponer el umbral de aquel edificio que, a fin de cuentas, no dejaba de ser una institución educativa.

El olor lo fulminó de inmediato. Allí dentro hedía a algo innombrable: a animales estabulados, a curtiduría, a bocadillo de salchichón del día anterior, a un tsunami de hormonas sexuales. En ese momento estuvo muy cerca de dar media vuel-

ta y salir por piernas, pero entonces recordó por qué estaba allí y la sagrada misión que lo impulsaba (convertirse en uno de los hombres más acaudalados del país), y esos pensamientos lo ayudaron a seguir adelante. A un lado había una especie de garita provista de un cristal de seguridad, como las ventanillas de los bancos, tras la que dormitaba un individuo que, en vista de su perfecta inmovilidad, debía de ser el conserje. Maravillado por su propia audacia, Erasmo decidió seguir adelante, aunque para ello tuvo que reprimir el espontáneo impulso de santiguarse. Eran las once menos cinco de la mañana.

Los pasillos del instituto estaban desiertos y las puertas permanecían cerradas. Pero no por ello dejaba de percibir el peligro de un modo casi orgánico, sobre todo en aquel rumor que brotaba desde dentro de las aulas e impregnaba el enrarecido aire del edificio como una emanación letal. Con gran cautela, Erasmo se fue asomando por cada una de las pequeñas ventanas de las que estaban provistas las puertas de las clases. Y la escena se repitió una y otra vez: un adulto (con o sin bata blanca) que escribía sobre una pizarra con gesto afligido, o bien se parapetaba tras un escritorio con expresión de querer estar en cualquier otro sitio. Y frente a él, una manada de adolescentes en distintas etapas de crecimiento y maduración sexual, meros recipientes de hormonas, espinillas y malas intenciones, que hacían caso omiso de lo que el adulto les contaba y, repantigados en actitud indolente, ocupaban el tiempo en departir con grandes aspavientos, en escudriñar las pantallas de sus teléfonos móviles o sencillamente en hurgarse la entrepierna. Erasmo se sentía como el visitante de un acuario asomándose a un tanque lleno de pirañas. Con profundo desaliento, se dijo que era allí donde se estaba cociendo el (aterrador) futuro de su país, y que aquella especie de clubes de esparcimiento juvenil en los que se habían transformado las aulas eran el

logro de la retórica huera y la estulticia de quienes habían legislado en los últimos tiempos. ¿Qué habría sido de él si no hubiera abandonado la enseñanza media? Por un instante se imaginó en el lugar de uno de aquellos desventurados que se exponían a diario a la barbarie y la ferocidad de semejantes bestezuelas. El pensamiento era tan espantoso que lo tuvo que aparcarse de inmediato, como la perspectiva de la enfermedad grave o de la muerte.

Llevaba varias aulas inspeccionadas y el objetivo que lo había traído hasta aquí seguía sin asomar. Tal vez, después de todo, lo mejor fuese regresar a la entrada y despertar al conserje. O buscar el despacho de algún miembro del equipo directivo y solicitarle ayuda. Y entre tales opciones se debatía cuando los corredores del instituto atronaron con un timbrazo de tal intensidad que Erasmo sintió cómo hasta el último vello de su espalda se ponía de punta. Presa del pánico, el bibliófilo miró en todas direcciones convencido de que dentro de poco se iba a encontrar cercado por una muralla de llamas. Pero la realidad resultó peor, mucho peor. Lo que el timbre anunciaba no era un incendio, sino el final de la clase en curso y el comienzo del recreo, con el resultado de que, de repente, todas las puertas se abrieron de golpe y las aulas empezaron a evacuar su contenido a los pasillos. Y en cuestión de segundos el poco atlético Erasmo se vio engullido por una marea de robustos cuerpos adolescentes, ensordecido por un griterío que parecía surgir de un ejército en pleno combate, pisado, zarandeado y estrujado como jamás se había sentido, ni siquiera aquella mañana de 1975 en que, a la salida de la facultad, se encontró atrapado entre un grupo de manifestantes estudiantiles y la brigada de la Policía Nacional que cargaba contra ellos. Temiendo seriamente por su integridad física, quiso gritar pidiendo ayuda, pero su grito murió en medio de aquella algarabía como

una ventosidad en mitad de la tormenta. Erasmo López de Mendoza se vio en el suelo con una o ambas caderas rotas y se maldijo por su falta de cautela.

Y entonces vio a Pilar.

«¡So-co-rro!», fue su muda súplica de ayuda, al tiempo que sus brazos se agitaban en dirección a la muchacha que acababa de salir de una de las aulas.

—¡Profesor! Pero ¿qué...?

—¡Sácame de aquí, Pilar! —aulló él logrando por fin que su voz rompiera las ataduras del pánico—. ¡Por el amor de Dios, sácame de aquí!

Sin hacer más preguntas, la joven tomó de la mano al atorado bibliófilo y, con una energía y destreza que a Erasmo se le antojaron milagrosas, logró sacarlo poco a poco de aquel pandemónium pubescente en que se habían convertido los pasillos del instituto Madrid-Sur a la hora del recreo.

\* \* \*

—No entiendo por qué trabajas aquí —dijo Erasmo, ya repuesto del sobresalto, mientras daba cuenta de su cortado con nerviosos sorbitos.

Ambos habían buscado refugio en una cafetería que había frente al instituto, establecimiento que los alumnos jamás hollaban por ser el punto de encuentro habitual de sus profesores. Pilar le rogó a Erasmo que se sentaran en una de las mesitas que había en la calle, junto a la puerta. «Así podré fumar», explicó. «Además, hace buen día». Desde el interior de la cafetería, algunos de sus compañeros los miraron curiosos.

—¿Que por qué trabajo aquí? —respondió la muchacha con gesto algo dolido—. Bueno, hay que ganarse la vida, ¿no?

Erasmus contempló a Pilar Esparza admirado del intenso cariño que la muchacha seguía inspirándole. Menos de diez años antes aquella misma joven había estado sentada en sus clases de Literatura del Siglo de Oro, anotando cada palabra de sus disertaciones con una aplicación que rayaba en el fanatismo. Por entonces Pilar llevaba su larga melena oscura recogida en una lustrosa cola de caballo, usaba gafas de montura negra y su rostro mostraba la dulce determinación del de una madonna de Botticelli. Era difícil sustraerse a los encantos de alguien que sobresaía entre la mediocridad reinante de un modo tan notorio. Aun consciente de que el flirteo con las alumnas era un pasatiempo muy popular entre sus compañeros de claustro, Erasmo tuvo que hacer grandes esfuerzos por no sucumbir a los atractivos de la joven, lo que le había puesto a salvo del ridículo y le había hecho ganar muchos puntos en la estima de Pilar. No en vano ella se sentía más que harta de ser objeto de las atenciones masculinas. En una época en que la carrera de Filología era poco más que un entretenimiento de niñas monas en espera de un novio de posibles, su ambición era doctorarse en Literatura Castellana y obtener una plaza en la universidad, y a ese propósito dedicaba todas sus energías, con exclusión de fiestas, novios y demás frivolidades. Ni siquiera usaba maquillaje con la esperanza de pasar más desapercibida. Aunque Pilar Esparza sin maquillaje seguía siendo tan llamativa como una rosa de sangre en mitad de un campo nevado.

—La última vez que te vi todavía estabas de becaria en el CSIC —dijo Erasmo—. Luego me dijeron que habías dejado la investigación y te dedicabas a preparar oposiciones para instituto. Si te soy sincero, al principio no me lo creí. Fuiste la mejor alumna de doctorado que he tenido. Tu tesis sobre los ejemplares supervivientes de la *princeps* del *Quijote* mereció elogios de los especialistas más eminentes. Hasta el catedrático Víctor In-



fantes te llamó para felicitarte. Y ahora te encuentro desasnando mastuerzos en ese antro infame de ahí enfrente. ¿Por qué, Pilar?

La muchacha clavó sus ojos oscuros en su antiguo profesor y él no pudo evitar ruborizarse. Estaba incluso más guapa que en los días de la universidad. Parecía algo más delgada y llevaba el pelo cortado con una media melena. Ahora usaba lentillas, igual que él. En ausencia de sus gafas, incluso creyó percibir unas diminutas arrugas en torno a sus ojos. Pero la madurez le sentaba bien a Pilar Esparza. Seguía siendo una belleza, y nadie era tan vulnerable a la belleza como él, que se había pasado la vida persiguiéndola de libro en libro. Erasmo sucumbió a una nueva oleada de afecto y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para que sus sentimientos no afloraran. Entretanto ella seguía mirándolo con expresión seria, sin despegar los labios. ¿Es que acaso la había ofendido?

—Le he decepcionado, profesor —dijo Pilar por fin.

—No, en absoluto... —intentó protestar él.

—No se preocupe. No es usted el único al que he decepcionado por un motivo u otro. Aunque en su caso lo lamento de un modo especial. No he olvidado las muchas molestias que se tomó conmigo.

—Pilar, por favor, no digas tonterías.

—No son tonterías. Recuerdo que cuando usted enviudó a mí me quedaban apenas tres semanas para leer mi tesis, y que usted siguió al pie del cañón, apoyándome, ayudándome en todo lo que necesité a pesar de su pérdida.

Erasmo recordaba muy bien aquellas semanas, y cómo el hecho de ver a Pilar a diario le ayudó a sobrellevar mejor su recién estrenada viudedad. Era él quien debía sentirse agradecido. Pero decidió no mencionarlo y tratar de aprovechar la buena disposición de la muchacha.

—¿Por qué dejaste el CSIC? Recuerdo que estabas entusiasmada con el programa de investigación que habías emprendido. Imprentas madrileñas del Siglo de Oro, ¿no era así?

Ella asintió.

—Como sabe muy bien, la investigación siempre me ha gustado. Pero también me gusta comer todos los días. Y no estoy hablando de comedores de beneficencia. Me refiero a comer en mi casa, e incluso poder permitirme el capricho de un restaurante de vez en cuando. Y con la beca del CSIC, después de pagar el alquiler, no me habría quedado más remedio que recurrir a la sopa boba en la puerta del algún convento.

—¿Y la universidad?

Pilar soltó una carcajada. Luego Erasmo la observó mientras ella encendía un cigarrillo. En otra persona lo habría reprobado. A ella se lo perdonaba.

—Vamos, profesor. Usted conoce la universidad mejor que yo. La endogamia, los favores... Y yo no estaba dispuesta a pasar por el aro, como sabe muy bien.

Erasmo lo sabía. La universidad ya no era como en los tiempos en que él entró a formar parte del claustro de la Complutense y se sintió como si le hubieran abierto las puertas del Olimpo. Aun con el franquismo dando sus últimos y feroces estertores, la universidad de mediados de los setenta era un reducto de luz donde Lapesa, Blecua, Lázaro y Dámaso Alonso ejercían su gentil magisterio. Luego se había transformado en algo muy distinto, en un terreno minado donde reinaban la mediocridad y el clientelismo, y donde el politiquero, la adulación y la puñalada traperera habían ocupado el lugar del esfuerzo, el mérito y el talento. En un entorno tan propicio para el mangoneo y la corruptela, muy poco le hubiera costado a una mujer como Pilar Esparza abrirse paso por el procedimiento de emplear sin escrúpulos las letales armas de mujer que el cielo le había concedido. Le consta-

ba que más de un catedrático influyente hubiese estado dispuesto a allanarle el camino a cambio de sus favores. Pero Erasmo sabía que su antigua pupila no era esa clase de mujer y la admiraba si cabe más por ello. Ahora Pilar fumaba y miraba las nubes. La luz de junio bañaba sus facciones y las hacía resplandecer. Sin embargo, la muchacha parecía triste, y él pensó que únicamente una época injusta y absurda como la que padecían privaría a semejante mujer del éxito y el reconocimiento que merecía.

—Pilar, necesito tu ayuda.

Ella aspiró otra bocanada y exhaló el humo lentamente. Desde la última vez que pasaron *Gilda* por televisión, Erasmo no había vuelto a ver a una mujer fumar de ese modo.

—Lo que usted necesita, querido profesor, es un asesor de imagen.

Y señaló con su cigarrillo hacia las palmeras y los papagayos del estampado de su camisa. Erasmo rio estrepitosamente.

—Por favor, señorita, sea usted comprensiva con las excentricidades de un pobre anciano.

Pilar Esparza apagó su cigarrillo.

—¿Sabe que los compañeros nos cruzábamos apuestas sobre el día en que aparecería usted con la primera camisa hawaiana de la temporada? Era como un anuncio de las vacaciones de verano. Cuando el profesor López de Mendoza sacaba sus camisas de cocoteros del armario, es que las vacaciones estaban a la vuelta de la esquina. —Durante unos segundos Pilar pareció ponderar la conveniencia de encender otro cigarrillo. Por fin desistió—. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle, profesor? Pero sea breve. Se acaba el recreo y tengo que volver al instituto.

—Necesito que me ayudes a descifrar un manuscrito.

—¿Descifrar? —preguntó la muchacha arrugando el ceño—. No comprendo. ¿Es que está en clave?

El bibliófilo pareció algo azorado.

—Bueno, no exactamente. Digamos que se trata de un manuscrito un tanto especial. Con unas características poco comunes. Además, mi vista se ha estropeado bastante desde que perdimos contacto.

—Vaya, lo siento. No sabía. Pero ¿por qué yo? Seguramente podría encontrar ayuda más cualificada sin la menor dificultad. Usted es un estudioso respetado. Un experto en su campo académico y una autoridad reconocida en bibliofilia.

Erasmus sacó pecho al oír los elogios de su antigua pupila.

—Verás, Pilar. Ya te he dicho que las características del manuscrito en cuestión son muy especiales. No es algo que pueda enseñársele a cualquiera, al menos de momento. Hay que realizar algunos estudios previos, ciertas indagaciones. Pero lo que necesito no es un especialista de primera línea. Me basta con alguien que posea conocimientos de paleografía y buena vista. Sobre todo necesito poder contar con alguien de confianza.

—No sé si eso ha sido exactamente un cumplido, pero gracias. La verdad, profesor, no comprendo el motivo de tanto secretismo. Me consta que en el mundillo de la bibliofilia hay gente con pocos escrúpulos... y le ruego que no se dé por aludido. ¿No se tratará de algo ilegal?

Erasmus se preguntó si su pequeña jugarreta del día anterior podría considerarse un delito. Su conclusión fue que en modo alguno se podría considerar robado un legajo por el que había desembolsado la nada despreciable cantidad de doscientos euros.

—No es un manuscrito robado, te lo aseguro. Pero su contenido es de muchísima importancia. Una auténtica bomba. Y no me convendría que mis conclusiones salieran a la luz antes de tiempo.

La muchacha entornó los ojos y caviló durante unos instantes.

—Ha conseguido usted intrigarme, que supongo que es para lo que vino aquí. Bien, no tengo niños que recoger a la salida del colegio ni un marido que me espere en casa. Por otro lado, estamos a final de curso y se acumulan el trabajo y los exámenes sin corregir. Pero creo que podría dedicarle a esto un par de tardes, si la cosa es verdaderamente tan interesante como usted la pinta.

El bibliófilo carraspeó.

—No estaba pensando en un par de tardes. Creo que voy a necesitarte durante más tiempo. Una semana o puede que más. Mañana, tarde y noche si es necesario. Lo que voy a pedirte es que te entregues a este proyecto en cuerpo y alma. Y créeme, el asunto lo merece.

—En ese caso tendremos que esperar a que lleguen las vacaciones. Aunque a decir verdad ya había hecho algunos planes...

—Esto no puede esperar. Ha de ser ahora. Esta misma noche.

—Pero... mis clases... los exámenes...

Erasmus resopló.

—Vamos, Pilar. Los profesores de secundaria trabajáis bajo muchísima presión. Os pasáis la vida deprimidos o con crisis de ansiedad. Lo dicen constantemente en las noticias. Consigue una baja médica. No te será difícil. O pide un permiso sin sueldo. Te lo compensaré, créeme.

Como mártires camino del tormento, los compañeros de Pilar comenzaban a abandonar la cafetería. El timbre que anunciaba el fin del recreo se oyó en la distancia. Eran las once y media y los profesores del instituto Madrid-Sur regresaban a las trincheras.

—Tengo que irme —anunció Pilar Esparza poniéndose de pie y dejando unas monedas sobre la mesa—. ¿Podemos seguir hablando más tarde?

Erasmus pensó que debería invitarla a un restaurante del centro, pero enseguida rectificó. ¿Para qué realizar un gasto innecesario cuando su asistenta era una excelente cocinera?

—Claro, estupendo. ¿Qué tal si vienes a cenar a casa esta noche?

—¡Pero, profesor! —replicó ella con expresión risueña y fingido escándalo—. ¿Me está diciendo que vamos a cenar en su casa? ¿Usted y yo solos a la luz de las velas? ¿No querrá ligar conmigo a estas alturas?

Erasmus enrojeció hasta la punta de sus canosos cabellos. Él se tenía por un perro viejo, pero aquella muchacha siempre se las arreglaba para hacer que deseara ladarle a la luna.

\* \* \*

Horas más tarde, pasadas las nueve, ambos estaban en la biblioteca de Erasmus, y el bibliófilo trataba de interponer su menudo cuerpo entre Pilar y la combinación de su caja fuerte. Aunque de forma innecesaria, porque la chica no le estaba prestando la menor atención.

—¡Vaaaya! ¡Las seis partes del *Abecedario espiritual* de fray Francisco de Osuna en primera edición! Veo que los rumores eran completamente ciertos. Tiene aquí una auténtica fortuna en libros antiguos. Ahora comprendo lo de la cerradura electrónica en la puerta y todo lo demás.

Habían cenado poco antes, si no a la luz de las velas, sí al menos con manteles de hilo y copas de cristal tallado en las que Erasmus había vertido un delicioso vino blanco del Penedés. Luego dieron cuenta de la lubina al horno que había prepara-

do Gladys, la asistente dominicana. Pilar había acudido vestida con un conjunto ceñido de chaqueta y pantalón que realizaba su silueta de un modo muy seductor. Estaba tan hermosa que Erasmo tuvo que recordarse que ya les había dado la espalda a las bajas pasiones para poder concentrarse en los placeres más espirituales de la bibliofilia. Pero aquella belleza que le sonreía desde el otro lado de la mesa le había hecho cuestionarse si no habría cosas más importantes y valiosas que (pongamos por caso) un ejemplar intacto de la *Biblia de 42 líneas* de Gutenberg impreso en vitela.

Tras la cena, Erasmo había accionado la cerradura de seguridad que abría la puerta de su biblioteca, cuya cobertura de madera ocultaba una gruesa lámina de acero reforzado. Desde el fallecimiento de su Almudena, era la primera vez que otra persona entraba en el sanctasanctorum del bibliófilo. Él mismo se ocupaba de limpiar y aspirar el polvo de aquella habitación, y de tener siempre a punto el sofisticado sistema de aire acondicionado que mantenía constantes la temperatura y la humedad. Las exclamaciones de Pilar se habían sucedido desde el primer momento. Y aunque el bibliófilo la apreciaba como a la hija que nunca quiso tener, no podía evitar cierta inquietud al observar cómo unos ojos ajenos se posaban sobre sus libros y un aliento que no era el suyo rozaba sus lomos. Pero fue al constatar que Pilar extendía la mano para extraer el primer tomo del *Abecedario espiritual* cuando dio un respingo parecido al que le habría provocado una descarga eléctrica.

—Bien, pues aquí está —dijo Erasmo para atraer la atención de la chica y hacerla desistir de tocar el valioso volumen con las manos desnudas (el bibliófilo razonó que, por muy tersa y delicada que fuese la piel de Pilar, la piel siempre es piel, y eso representa grasa, sudor, células epiteliales y manchas).

La muchacha acudió de inmediato y escrutó el interior de la caja de seguridad sobre los hombros del bibliófilo.

—De modo que aquí tenemos el sanctasanctorum de su biblioteca, profesor. Considerando las joyas que he visto en las estanterías, no puedo ni imaginar lo que guardará en esa caja fuerte.

Pero la imaginación de Pilar debería seguir trabajando, pues Erasmo acababa de cerrar la pequeña puerta acorazada con cierto ímpetu. Luego depositó el manuscrito de Gonzalo de Córdoba sobre el escritorio y le señaló a Pilar la silla que había frente a él.

—Me imagino que estarás deseando echarle un vistazo a esto.

La muchacha ocupó su asiento y contempló el legajo con curiosidad mientras Erasmo desataba de nuevo el cordel que mantenía unidas las hojas.

—¿No deberíamos llamar a los artificieros de la Guardia Civil?

—¿Cómo?

—Lo digo por lo de la bomba. Usted mismo dijo esta mañana que lo que había encontrado iba a ser un auténtico bombazo.

Erasmo soltó un gruñido.

—Tratemos de concentrarnos, señorita Esparza —dijo con fingido tono profesoral—. Ahora solo espero que su trabajo en ese zoológico donde la he encontrado esta mañana no haya acabado del todo con su talento. Pero vamos a entrar en harina. Me he resistido a adelantarte información a fin de no mediatizar tus conclusiones. Simplemente lee el principio de la primera hoja y dime qué te parece.

Con los guantes puestos, Erasmo tomó la mencionada hoja por una esquina y la depositó ante Pilar, quien atrajo el



flexo hacia sí para que el haz de luz iluminara por completo la página.

—Mmm. Parece auténtico.

—No hables. Solo lee.

Y a eso fue a lo que Pilar se dedicó durante los siguientes diez minutos. Al principio Erasmo la oía vocalizar suavemente y lanzar alguna exclamación queda en aquellos momentos en que la enrevesada escritura se mostraba especialmente reacia a revelar su significado. Luego, al avanzar un poco más en la lectura, la muchacha enmudeció. El silencio dentro del despacho era tan perfecto que el bibliófilo podía oír perfectamente la respiración de ella, acelerándose más y más conforme pasaban los minutos. Por último, Pilar alzó la vista y lo miró con expresión aturdida, como si acabara de despertar de un sueño.

—Pero esto... ¡No es posible!

Erasmo levantó la mano derecha pidiéndole calma.

—Lo sé, lo sé. Ahora procura tranquilizarte —dijo mientras abría un cajón y extraía de él una pequeña grabadora digital—. Y cuando puedas hablar de nuevo lee para mí, por favor. Desde el principio.